

que bajo su cubierta y un sabor misterioso parecía ocultar secretos tan divinos; y ha visto que el tal fruto era tan bueno para comer, como hermoso á la vista: *Vidit quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile*². La seducción se ha verificado: la curiosidad humana toca el fruto prohibido, y pide á lo desconocido que realice un progreso imposible. Y ese fruto engañoso, que prometía al hombre una grandeza divina, no le deja siquiera toda la grandeza humana. Mientras que solo el mal se descubre á sus ojos, abiertos para su propia desdicha, la verdad se cubre delante de su alma con velos los mas espesos; y su corazón se llena de instintos perversos que le impelen hácia ese mal que conoce, y le hacen difícil y ardua la consecución de todo bien.

Y así es, como ese terrible poder de lo desconocido, de que se sirvió la serpiente antigua para impeler á Adán y Eva hácia una grandeza imaginaria, les hizo caer á ellos y á su posteridad en una desgracia real. Después de este engaño y esta caída el Progreso ha sido siempre la fascinación y el peligro de la humanidad.

Y lo que aumenta todavía su poder de seducción, es que el Progreso por su naturaleza misma se dirige, no á lo presente, sino á lo que ha de venir. En efecto, ¿qué es lo que dice á los pueblos que él quiere seducir? Escuchad: « Lo pasado está lleno de ruinas, lo presente lleno de miserias, solo lo que ha de venir tiene encantos. » El Progreso dice: « Mañana la riqueza, mañana la libertad, mañana la fraternidad, mañana la grandeza, mañana la felicidad. » Mañana, siempre mañana. Pero mañana no ha llegado todavía para desengañarnos de la seducción de hoy. Las generaciones conmovidas por estas promesas, y mirando con entusiasmo las perspectivas que se les abren delante de ellas, se ven tentadas de abreviar el tiempo y precipitar el presente para apresurar ese porvenir, en que el Progreso muestra con el dedo, y realizados en pocos días, todos los prodigios que él predice y promete á las naciones. Con sus libros, con sus discursos y con todas sus promesas, despierta las esperanzas, excita los deseos y exalta las imaginaciones. De ahí nace para seducirnos un poder de fascinación, del cual no puede librarse nuestra flaqueza. ¡Ah! lo que no se dirige sino al presente ni puede engañar ni seducir mucho tiempo:

¹ Gen., III, 6.

el presente está allí cara á cara con vosotros; él se os pone delante con el rostro descubierto y dice: « ¡Aquí me teneis! aquí estoy con mi riqueza y mi pobreza; aquí estoy con mis grandezas y mis bajezas; aquí estoy con mis elevaciones y mis caídas. » Y vosotros le veis, vosotros le penetrais, vosotros le juzgais, y podeis decirle: « Ya te conozco, no me engañarás, no. » Pero el porvenir, ¿como podeis verle, penetrarle, juzgarle? Vosotros creéis cogerle con la mano á ese fantasma seductor; pero él huye, desaparece, y su seducción crece con la distancia. Así es como el Progreso, fascinando con sus hechizos los deseos, construye en el porvenir todo un mundo ideal que los pueblos saludan de lejos, y hácia el cual se los precipita, gritandoles: « Es el Progreso. »

Y no lo extraño; porque al mismo tiempo que ejerce ya sobre los corazones un imperio tan soberano con el atractivo de lo desconocido y las seducciones del porvenir, se halla también por su naturaleza misma en perfecta correspondencia con los mas sublimes instintos del alma humana. Su nombre tan simpático al hombre corresponde tan bien á todas las armonías que resuenan en nosotros, que basta pronunciarlo para hacer vibrar en los corazones todas las fibras generosas. Cuando las naciones lo oyen, todo lo mas grande, mas noble y mas elevado que hay en ellas, se despierta para responderle; las generaciones corren por sí mismas á la seducción que las arrastra; y se puede muy bien decir del Progreso lo que Bossuet decía de la libertad: *El pueblo sigue con solo oír su nombre*; y él marcha conducido por sabios, quienes fueron los primeros que subyugó el encanto de esta palabra. Y ¿adonde van? ¿A la grandeza ó á la decadencia? ¿Quién sabe!

Señores, es preciso reconocerlo: la humanidad yendo tras el progreso puede extraviarse, supuesto que se extravía muy á menudo. De la misma manera que un hombre á sus errores los llama verdades, y á sus vicios los llama virtudes, la humanidad puede llamar Progreso á sus marchas retrógradas. Lo que es fatal á ella, no es el Progreso mismo, sino la manera con que busca el Progreso. El pensar siempre en él, el clamar por él, el ir tras él, es su necesidad; pero el llegar á él ó no dar con él, en una palabra, el subir ó bajar, es su libertad. La humanidad es libre, y dejando á parte la acción de la

Providencia, ella lleva su destino en la mano de su libertad; libertad terrible, con la cual el hombre puede escoger su grandeza ó su abatimiento, su progreso ó su decadencia, su vida ó su muerte.

¡Ah! Señores, cuando un pueblo entero, preocupado por la fascinación del Progreso, se equivoca sobre su verdadero sentido; cuando llama con este nombre á todo lo que le rebaja y le degrada, ¿qué es lo que debe suceder? Ese pueblo tomará el vértigo, y volverá contra sí mismo toda su energía. Todo lo que le quedaba de grandeza conspirará contra su grandeza, todo lo que le quedaba de poder conspirará para enflaquecerle; y todos sus esfuerzos para elevarse no servirán para otra cosa que á precipitarle mas pronto. Pueblo gigante, dará todavía grandes pasos fuera del camino, segun la bella expresion de san Agustin : *Magni passus extra viam*. La bandera del Progreso desplegada sobre su cabeza, coronada de glorias estériles y de grandezas facticias, se la verá bajar lentamente las pendientes de la decadencia que conducen á aquellos abismos de donde los pueblos no salen nunca mas.

Por lo tanto, si nosotros no queremos precipitarnos allí, es decir, á la decadencia, y de la decadencia á la ruina, demos á esta aspiracion humana, que clama por el Progreso, una direccion que le impida extraviarse. Esto es lo que os grita con toda su fuerza la naturaleza del hombre y la naturaleza de las cosas. Sí, Señores : una direccion verdadera, cierta é infalible á este movimiento tan legítimo, tan fuerte, y al mismo tiempo tan peligroso, que arrastra al hombre á la conquista del Progreso, es en todas partes y en todos tiempos la necesidad de nuestra humanidad.

Y yo añado ahora, que es de una manera muy especial la necesidad de nuestra época.

II

De todo lo que hemos dicho hasta aquí resulta, que el siglo que toca á los mas altos destinos ó á las mas grandes catástrofes, es aquel en que el Progreso ha tomado un imperio mas fuerte que en todos los otros siglos. Sentada esta verdad, y cualesquiera que sean las causas remotas de este fenómeno contemporáneo, debemos decir, que jamas,

ni en la historia antigua ni en la historia moderna, esta palabra habia obtenido en las naciones un ascendiente tan profundo y un dominio tan universal como en el siglo décimonono.

Hay comunmente en un siglo una palabra, que mas que todas las otras tiene la fuerza de tener los espíritus atentos, los corazones conmovidos, y las voluntades decididas. En el siglo décimosexto las ideas, las pasiones y las voluntades tenian en su curso una misma direccion, repitiendo una misma palabra que despues se hizo famosa : *Reforma*. En el siglo décimooctavo las ideas, las pasiones y las voluntades, arrastradas otra vez por una misma corriente, repetian tambien una misma palabra : *Libertad*. Estas dos palabras, torcidas de su sentido, y estos dos movimientos equivocando su direccion, produjeron desastres que nada hasta ahora ha podido aun reparar enteramente.

En nuestros dias, el santo y seña de las ideas, de las pasiones y de las voluntades, es este : *El Progreso*. En esta palabra reside, si puedo decirlo así, la fisonomía, la originalidad, y al mismo tiempo el poder y el peligro de este siglo. En esta parte, lo mismo sucede con los siglos que con los hombres. Un hombre, en medio de las ideas, las pasiones y las resoluciones que dirigen, arrastran y gobiernan su vida, llega ordinariamente á concentrar sus ideas en una idea, sus pasiones en una pasion, y sus voluntades en una voluntad. Con esta triple concentracion se da á sí mismo el carácter que le distingue, y el poder que le hace obrar; carácter glorioso ó carácter vergonzoso, poder del bien ó poder del mal, segun marchen estas tres cosas en la verdad ó en el error, y tiendan al órden ó al desórden. Lo mismo hace la humanidad en un siglo : del fondo de todas sus ideas, de todas sus pasiones y de todas sus resoluciones sale una idea, una pasion, una voluntad soberana, atrayente é imperiosa entre todas las otras; y estas tres corrientes del siglo, encontrándose en una direccion comun, constituyen lo que hemos llamado *la actualidad*. Esto es lo que ha hecho nuestro siglo con un ruido, una profundidad y una fuerza que le dan un carácter histórico, marcado ya para la posteridad.

Y en primer lugar, vuestro siglo, lo mismo que un hombre que aspira al poder, tiene una *idea* dominante. Jamas, desde que los hombres escriben, discuten, y profundizan en todos sentidos los misterios del pensamiento, se habia perseguido como en nuestros dias aquello

que todos han convenido en llamar *la idea*. Hasta ahora, los hombres, insiguiendo todas las literaturas y todas las filosofías, habian hablado de las ideas, del origen de las ideas, de la marcha de las ideas, del poder de las ideas; pero no habian dicho como nosotros, con la satisfaccion del ingenio que anuncia un descubrimiento: « *La idea*: hé aquí la idea, nosotros hemos visto la idea. » No se conocia, ó á lo ménos se conocia poco, este poder misterioso que el siglo saluda por mañana y tarde como la gran diosa del porvenir, y que recibe entre nosotros, sesenta y tantos años hace, no solo el respeto de los cristianos, sino tambien la fe de los incrédulos y la adoracion de los ateistas.

Ahora bien: esta idea, que es el ídolo y la religion del siglo; ¿cuál diríais que es? ¿La idea de la fraternidad? Nó. ¿De la libertad? Nó. ¿De la democracia? Nó; ni siquiera la idea de la democracia. Yo bien sé, que hombres graves resumen en esta idea todo el movimiento contemporáneo. Y á la verdad, no negaré que esta idea tiene sobre el mundo moderno un imperio inmenso; y la democracia, como lo ha dicho uno, ha *rebosado* en estos últimos tiempos. Pero la democracia no representa la idea dominante y universal. ¿Cuál será pues esta idea? ¿Es el racionalismo? Distingo, Señores: en el campo del error anticristiano, sí, el racionalismo es la idea dominante; pero si el racionalismo resume todos los errores del siglo, no resume por esto todas las tendencias. Hay una grande fraccion de la humanidad que no es racionalista; la que quiere con nosotros el Progreso por el cristianismo. Así pues, la idea del Progreso se extiende todavía mucho mas que el racionalismo, y es mas general y mas universal. El racionalismo representa hoy día la universalidad del error anticristiano; y el Progreso, cuyo brillante prestigio quisiera el racionalismo obtener con exclusion de aquel, representa la universalidad del pensamiento contemporáneo; y por lo mismo la idea del Progreso es verdaderamente en nuestro siglo una idea dominante.

A buen seguro que esta idea, tomada en lo que ella tiene de radical, no es una idea nacida ayer en la inteligencia humana; y la palabra con la cual se expresa no es tampoco nueva en el lenguaje de los pueblos. Mas de una vez ha resonado esta palabra en la historia; y la idea que la acompaña, muchos hombres de talento la han salu-

dato aun ántes de la aurora de nuestro siglo. Hasta los antiguos la han vislumbrado, si es que no la hayan concebido claramente y formulado con precision; y el cristianismo, diez y ocho siglos hace, la ha hecho cerner sobre el mundo: pero lo que es verdaderamente nuevo, lo que es propio de vuestro siglo, es el reinado universal de esta idea en el mundo de las inteligencias. Profundizad en todos sentidos las doctrinas y las filosofías de este tiempo, y hallaréis en el fondo una misma idea que concentra todas las demas para coordinarlas con referencia á ella. Esta idea, variada segun los sistemas, las opiniones y los errores, y bajo mil formas diferentes, aparece siempre idéntica y siempre dominante; y las doctrinas, que mutuamente se desconocen, se contradicen y se rechazan, vienen á reconocerse, á conciliarse y unirse en la idea del Progreso.

¿Cómo debe verificarse ese reinado de la idea actual? ¿En qué consiste el Progreso? ¿Cuál es su objeto, su ley, su direccion, su principio y su fin? Hay sobre todos estos puntos divergencia, lucha, contradiccion, y mas que todo, ignorancia; resultando que en el seno de esta unidad prodigiosa se observa una confusion mas prodigiosa todavía.

¿Qué es para los pensadores de este tiempo esa cosa que hoy en día hace tanto ruido en los discursos, en los libros y en las conversaciones? ¿Qué es ese Progreso, al que se nombra en la Academia, en la tribuna, en el club, en el taller, en la plaza pública, y que á mi vez pronuncio yo desde lo alto de este púlpito ante los representantes de la sociedad que él llena de su nombre? ¿Cuál es su naturaleza, su esencia? Opiniones encontradas. Yo oigo á uno que dice: « El Progreso es la variacion: su esencia reside en la negacion de lo absoluto. » Es falso, dice otro; la negacion de lo absoluto no es mas que la perpetuidad de la destruccion, y el Progreso está en la permanencia de lo absoluto y en la variacion de lo relativo; él es variable é inmutable á un mismo tiempo: es la union de lo que pasa con lo que permanece. El primero dice: Lo nuevo, siempre lo nuevo; el segundo dice: Yo lo abarco todo á la vez, lo nuevo y lo antiguo; el Progreso es la conciliacion entre los dos, es el perfeccionamiento de lo antiguo por lo nuevo.

¿Cuál es el objeto del Progreso? ¿en dónde se pone, y sobre qué se verifica? Opiniones divididas. Este lo pone en el perfeccionamiento

de la materia, aquel en el perfeccionamiento del espíritu, otro en la expansión del amor, un cuarto en la reforma de las instituciones y la transformación radical de las sociedades humanas.

¿Bajo qué forma debe producirse el Progreso, y en qué consiste la transformación social que él promete á la humanidad? División de opiniones. Para esta escuela, es un comunismo perfecto : para esta otra, no ménos dogmática en sus enseñanzas, es un individualismo absoluto : para una tercera es el equilibrio de lo uno y de lo otro, equilibrio misterioso, que los siglos han buscado siempre sin hallarlo jamás.

¿Segun qué ley se desarrolla el Progreso? ¿Cuál es su marcha en la historia y su destino en los siglos? Otro problema, que suscita otros sistemas. Aquí, el Progreso es una marcha continua : allí, es una marcha intermitente; en otras partes, su marcha no es, ni rigurosamente continua, ni rigurosamente intermitente; es como la marea creciente que se adelanta y se retira, pero adelantándose siempre, mas de lo que se ha retirado.

¿Segun qué direccion marcha el Progreso? División también. El Progreso, dice uno, es una *línea recta*; nó, dice otro, es una *línea curva*; nada de eso, dice un pensador mas avisado, el Progreso es una *espiral*; vosotros no entendeis nada en esta materia, dice otro por fin, profiriendo sobre este misterio un supremo oráculo : el Progreso es un *círculo*, círculo eternamente cerrado, dentro del cual marcha la humanidad, del Progreso á la decadencia, y de la decadencia al Progreso, para volver, por medio de evoluciones periódicas, al punto de donde habia partido.

¿En dónde empieza el Progreso, y en dónde debe acabar? ¿Cuál es su principio y su fin, su origen y su término? Otra vez división. A esta cuestion responden los unos : Nosotros no lo sabemos; el Progreso es una marcha entre dos misterios, el misterio del origen y el misterio del fin. Los otros, para resolver el enigma, tienen un proceder mas sencillo, y dicen : El Progreso no tiene ni principio ni fin; ni punto de partida ni punto de llegada; él no parte ni llega, solamente marcha, y esto basta.

Tal es el Progreso en las opiniones, en las escuelas y en las filosofías. Yo no cito los textos, solo resumo las ideas. Camaleon perpetua-

mente diverso, aunque siempre idéntico, cada filósofo le mira; y al mirarle cada uno de ellos, cambia de color. Todos dicen cuando le miran : « Es el Progreso; » pero cuando se trata de que digan cuál es su naturaleza, su objeto, su forma, sus leyes, su dirección, sus condiciones, su principio y su fin, sus bases doctrinales, y sus marchas históricas, en todo hay variedad, diversidad y antagonismo. Y sin embargo, en medio de estas variedades, diversidades y contradicciones, una cosa hay que no varía, que no cambia, que no se contradice; punto culminante, en donde los sistemas tan diversos se encuentran en una brillante unidad; quiere decir : la idea del Progreso. En nuestras borrascas intelectuales, en las que los filósofos mas orgullosos han presenciado el naufragio de sus sistemas, esta idea aparece por todas partes, subiendo siempre á la superficie; y ese mar de la duda, en que perecen tantas doctrinas, precipitadas al abismo de los mas profundos errores, parece decir siempre, al empujar á la playa tantos destrozos que lleva sobre sus olas : « El Progreso es la *idea* del siglo. »

En un siglo, lo mismo que en un hombre, cuando la idea se ha hecho dominante, despierta ella una *pasión* que le corresponde. Y ved ahí por qué, adonde va la idea, allá va también la pasión, y con ella las ambiciones y los entusiasmos de vuestro siglo. Yo no digo (y observadlo bien), vosotros estais en el Progreso mas que vuestros padres : yo aplazo esta cuestion grave y delicada : lo que digo es : Vosotros teneis la pasión del Progreso mas que vuestros padres. Ese fantasma que se ha hecho vuestra fascinación, yo veo que le perseguís con un furor y un arrebato que la humanidad no conocia. Desde que se os ha aparecido debajo de los pórticos entreabiertos del porvenir lo que vosotros llamais la *idea*, una inmensa necesidad de precipitar la marcha de las cosas y la felicidad de los hombres se ha apoderado de vosotros como una fiebre, por no decir como un vértigo. La divisa que habeis tomado es, hacer mejor que vuestros padres en todo orden de cosas. Al ver el odio que se ha jurado á lo pasado, y el desprecio que se hace de lo presente, casi podria decirse que hay en vosotros todos no sé qué impaciencia de apresurar lo que ha de venir. Por todas partes veo esta grande pasión del siglo décimonono, que con una audacia inaudita abre, á todas las esperanzas, rutas inexploradas. Ese embeleso de lo desconocido, que tanta fuerza tiene siempre sobre el

corazon humano, se ha hecho para vosotros tan atrayente; esa seducción de lo nuevo tan poderosa en todos tiempos, ha llegado á ser tan imperiosa, que el vértigo ha subido á las mas elevadas inteligencias.

Esa pasion de hallar en un dia contra los votos de la naturaleza lo que hay de mejor, lo progresivo, lo perfecto, se ha desarrollado á nuestra vista no solo en el mundo físico, en el que el Progreso prosigue su marcha conquistadora; sino que se ha desplegado tambien en la filosofía, en las letras, en las artes, en la moral, en la religion, en la sociedad; y en todas ellas, presa de la embriaguez del siglo, se ha exaltado hasta el paroxismo, y casi podria decir, hasta la extravagancia. Hombres se han visto, para quienes el Progreso no era mas que el desprecio de todo lo que es, el insulto de todo lo que fué, y la aceleracion loca de todo lo que debe venir. Fanatismo de lo desconocido, pasion de lo imaginario, delirio de la innovacion, engendrados por el orgullo del pensamiento personal y la adoracion de sí mismo, tal era la superioridad de esos hombres titulados grandes. Devorados de una ambicion sin límites, dominados de la necesidad de cambiar en todo órden de cosas, y soñando de continuo asentar sobre nuestras ruinas el pedestal de su grandeza, esos ingenios de la decadencia levantaban con altanería en medio de nosotros, y mas alto que todos nosotros, la bandera del Progreso; y el mundo les tenia miedo, porque aparecian como metéoros que espantan, aun cuando no causan estragos.

Así es que se han visto en estos últimos tiempos hombres de los mas instruidos, arrastrados por este viento del siglo hasta mas allá de aquellas fronteras, pasadas las cuales es imposible que exista, ni lo verdadero, ni lo bello, ni el bien, ni la religion, ni la sociedad; y allí, rechazando á un mismo tiempo y con ánimo decidido toda tradicion filosófica, literaria, moral, religiosa y social, proclamar en nombre del Progreso la nueva filosofía, la nueva literatura, la nueva moral, la nueva sociedad, y hasta la nueva religion. La verdad variable puesta como base de la filosofía; lo grotesco y lo feo enseñados como elementos de lo bello; la pasion consagrada como un principio moral; la anarquía saludada como ideal de las sociedades; la religion y el mismo Dios proclamados como el mal; hé aquí lo que hemos visto: jóvenes todavía, tristes testigos de tantos ultrajes hechos á lo

que habíamos aprendido á respetar, hemos visto dársenos á la faz del siglo décimonono, como progreso en la filosofía, las orgías de la inteligencia; como progreso en las letras, orgías literarias; como progreso en religion, orgías religiosas; y como progreso de la sociedad, orgías sociales; desórdenes monstruosos, que con sus sucesos mas monstruosos todavía, humillaban el pensamiento, el lenguaje, la moral, la religion, la sociedad, el sentido comun, el gusto; y con todo esto, ¡nosotros mismos éramos invitados por bárbaros literatos, artistas, sabios ó legisladores, á tributar á todas las decadencias los honores del Progreso!

Y en tanto que esta pasion del Progreso, extraviada por instintos perversos y resplandores engañosos, arrastraba una gran parte de la humanidad á la decadencia intelectual, á la decadencia moral, á la decadencia social y á la decadencia religiosa; la otra parte, guiada por mejores inspiraciones y luces mas puras, iba siempre por en medio de todas esas decadencias en pos del verdadero progreso de la ciencia, de la moral, de la literatura, de la religion y de la sociedad. Por manera que, tanto nuestras caidas como nuestras elevaciones, tanto nuestras ignominias como nuestras glorias, todo ha tomado una misma voz para decir: El Progreso es la *pasion* del siglo. Sí, Señores: cito por testigos á vuestras ambiciones, vuestros entusiasmos, y hasta vuestros delirios, para decir que el Progreso no es solo una idea que os domina; es una pasion que os arrastra. Nuestra sociedad, vieja entre las sociedades que han vivido, ha sido otra vez arrebatada de repente por no sé qué pasion de juventud. Porque esa necesidad de engrandecerse y desarrollarse, de emprender y salir bien, de producir y perfeccionar, de innovar y trasformar, de marchar y conquistar, de elevarse y ensancharse, en una palabra, de agrandarse de todas maneras, decidme, ¿qué otra cosa es sino la pasion de la edad juvenil? pasion generosa, llena de fuerzas, de proyectos, de ambicion y de porvenir; pero pasion terrible, y semejante á las pasiones de la juventud, capaz de agotar su savia en fecundar el desórden, y su poder en crear el caos.

Pero, ¡cuidado con ella! Aunque esta preocupacion del Progreso tenga en nuestros dias los caracteres y los arrebatos de la pasion, no es esta una pasion fugitiva, ligera, caprichosa, que un capricho trae